

Asoma á sus umbrales,
Le dá de su poder nuevas señales.
Y por refugio blando
Le ofrece el corazon, si airado muge
Recio aquilon, ó cuando
Fiera tormenta ruge,
Y el mundo tiembla, y el abismo cruge.
El cielo se oscurece,
Levanta el mar sus olas encrespadas,
Y el justo se adormece
En brazos de ansiadas
Y hermosas esperanzas sosegadas.
Su santo amor ardiente
Es á su ser tan grato y deleitable,
Que aduerme dulcemente
Su alma, en inefable
Sueño de paz y dicha perdurable.
Y así pasan las horas
De su vida mortal tranquilamente,
Cual las ondas sonoras
De límpida corriente
Que entre flores resbala mansamente.
Y acarician su alma
Las puras brisas del felice cielo;
Y en apacible calma,
Del miserable suelo
A la etérea región tiende su vuelo.
Es cual árbol frondoso
Que plantado en la tierra, en los confines
Del cielo venturoso,
Dá sombra á querubines
Y zazona su fruto en sus jardines.
Es como gusanillo
Que en su mortal capullo aprisionado,
Espera ver el brillo
Del sol immaculado,
La region de su luz cruzando alado.
Dichoso, si, mil veces,
Quien de la flor del mundo sacar sabe
La miel, sin que en las heces